

Lutero, el hombre para su tiempo

Martín Lutero sobresale claramente de entre los que fueron llamados a conducir a la iglesia desde la oscuridad del papismo hacia la luz de una fe más pura. Sin conocer otro temor fuera del temor de Dios, y sin aceptar ningún fundamento para la fe fuera de las Sagradas Escrituras, Lutero fue el hombre para su tiempo.

Pasó sus primeros años en el humilde hogar de un campesino alemán. Su padre quería que fuera abogado, pero Dios se proponía hacer de él un constructor del gran templo que se estaba levantando lentamente a lo largo de los siglos. Las durezas de la vida, las privaciones y la severa disciplina fueron la escuela en la que la infinita Sabiduría preparó a Lutero para la misión de su vida.

El padre de Lutero era un hombre de mente activa. Su sentido común lo llevó a considerar el sistema monástico con desconfianza. Quedó muy disconforme cuando Lutero, sin su consentimiento, entró en un monasterio. Pasaron dos años antes de que el padre se reconciliara con su hijo, y aun entonces sus opiniones seguían siendo las mismas.

Los padres de Lutero trataron de instruir a sus hijos en el conocimiento de Dios. Hicieron esfuerzos fervientes y perseverantes con el fin de preparar a sus hijos para una vida de utilidad. A veces demostraron excesiva severidad, pero el reformador mismo halló en la disciplina de ellos más cosas dignas de aprobación que de condenación.

En la escuela, Lutero fue tratado con dureza y aun con violencia. A menudo sufrió hambre. Las ideas religiosas que entonces prevalecían, lóbregas y supersticiosas, lo llenaban de temor. Solía ir a la cama con el corazón lleno de pesar, con un constante terror ante el pensamiento de que Dios era un tirano cruel, antes que un Padre celestial bondadoso.

Cuando entró en la Universidad de Érfurt, sus perspectivas eran más favorables que en sus primeros años. Sus padres, mediante el trabajo y la laboriosidad, habían adquirido estabilidad económica, y podían prestarle toda la ayuda necesaria. Además, amigos juiciosos aminoraron los efectos sombríos de su educación anterior. Con influencias favorables, su mente se desarrolló rápidamente. Una aplicación incansable lo colocó muy pronto entre los más destacados de sus compañeros.

Lutero no dejaba de empezar todos los días con oración, y su corazón suspiraba continuamente pidiendo la dirección divina. “Orar bien –decía a menudo– es la mejor mitad del estudio”.¹

Un día, en la biblioteca de la Universidad, descubrió una Biblia en latín, libro que jamás había visto. Había oído porciones de los evangelios y de las epístolas, que él suponía que constituían la totalidad de la Biblia. Ahora, por primera vez, contemplaba toda la Palabra de Dios. Con reverencia y admiración, hojeaba las sagradas páginas y leía por sí mismo las palabras de vida, deteniéndose para exclamar: “¡Ojalá que Dios me concediera poseer este libro!”² Los ángeles estaban a su lado. Rayos de luz de Dios revelaron tesoros de verdad a su entendimiento. La profunda convicción de su condición de pecador lo dominó como nunca antes.

Paz con Dios

El deseo de hallar la paz con Dios lo llevó a dedicarse a la vida monástica. En ella se le pidió que realizara los trabajos más humildes y que pidiera limosna de puerta en puerta. Pacientemente soportó esta humillación, creyendo que era necesaria a causa de sus pecados.

Privándose del sueño y aun del tiempo dedicado a sus escasas comidas, se deleitaba en el estudio de la Palabra de Dios. Había encontrado un ejemplar de la Biblia encadenado al muro del convento, y allí recurría a menudo.

Llevaba una vida muy rigurosa, tratando, mediante el ayuno, las vigiliass y los azotes, de dominar los males de su naturaleza. “Si alguna vez un monje pudiera obtener el Cielo por sus obras monásticas, yo ciertamente tendría derecho a ello. [...] Si hubiera continuado mucho tiempo más, mis mortificaciones me habrían llevado aun hasta la muerte”.³ Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, su alma cargada no encontró alivio. Finalmente, llegó al límite de la desesperación.

Cuando parecía que todo estaba perdido, Dios le dio un amigo. Staupitz ayudó a Lutero a comprender la Palabra de Dios, y le pidió que dejara de mirarse a sí mismo y fijara la vista en Jesús. “En vez de torturarte debido a tus pecados, arrójate a los brazos del Redentor. Confía en él, en la justicia de su vida, en la expiación de su muerte. [...] El Hijo de Dios [...] se hizo hombre para darte la seguridad del favor divino. [...] Ama al que te amó primero”.⁴ Sus palabras dejaron una profunda impresión en la mente de Lutero. Su alma afligida se vio inundada de paz.

Luego de ser ordenado sacerdote, Lutero fue llamado a dictar cátedra en la Universidad de Wittenberg. Comenzó a dar clases sobre los Salmos, los evangelios y las epístolas, que fueron escuchadas por multitudes y causaron deleite entre sus oyentes. Staupitz, su superior, lo instó a ocupar el púlpito y predicar. Pero Lutero se creía indigno de hablarle al pueblo en el nombre de Cristo. Solo después de una larga lucha, accedió a los pedidos de sus amigos. Era poderoso en las Escrituras,

¹ D'Aubigné, lib., 2, cap. 2.

² *Ibid.*, lib. 2, cap. 2.

³ *Ibid.*, lib. 2, cap. 3

⁴ *Ibid.*, lib. 2, cap. 4.

y la gracia de Dios descansaba sobre él. La claridad y el poder con los que presentaba la verdad convencían a sus oyentes, y su fervor conmovía los corazones.

Lutero, que todavía era un sincero hijo de la iglesia papal, nunca tuvo el pensamiento de que alguna vez podría abandonar la iglesia. Inducido a visitar Roma, realizó su viaje a pie y se alojaba en los monasterios del camino. Quedó maravillado por la magnificencia y el lujo que veía por doquier. Los monjes vivían en departamentos lujosos, se vestían con ropajes costosos y participaban de festines en torno a mesas espléndidas. La mente de Lutero se llenaba cada vez más de perplejidad.

Por fin contempló a lo lejos la ciudad de las siete colinas. Se postró sobre la tierra, exclamando: “¡Roma santa, yo te saludo!”⁵ Visitó las iglesias, escuchó los fabulosos cuentos repetidos por sacerdotes y monjes, y realizó todas las ceremonias requeridas. Pero por todas partes observaba escenas que lo llenaban de asombro: la iniquidad que reinaba entre el clero y las bromas durcientes de los prelados. Se llenó de horror por la profanidad de estos, incluso durante la misa. Presenció desenfreno y libertinaje. “Nadie puede imaginar –escribió– qué pecados y qué acciones infames se cometen en Roma. [...] Así acostumbran decir: ‘Si existe el infierno, Roma está edificada sobre él’ ”.⁶

La verdad sobre la escalera de Pilato

Se había prometido una indulgencia por parte del Papa para todos los que subieran de rodillas la “escalera de Pilato”, que se decía había sido milagrosamente transportada desde Jerusalén hasta Roma. Lutero estaba un día ascendiendo sus escalones, cuando le pareció oír una voz atronadora que decía: “El justo vivirá por la fe” (Romanos 1:17). De un salto se puso de pie con vergüenza y horror. Comenzó entonces a ver más claramente que nunca la falsedad de confiar en las obras humanas para la salvación. Le dio las espaldas a Roma. Desde ese momento, la separación fue aumentando, hasta que cortó toda conexión con la iglesia papal.

Después de regresar de Roma, Lutero recibió el título de Doctor en Teología. Ahora se hallaba en libertad para dedicarse al estudio de las Escrituras, a las que tanto amaba. Había formulado un voto solemne de predicar con fidelidad la Palabra de Dios, y no la doctrina de los papas. Ya no era sencillamente un mero monje, sino el heraldo autorizado de la Biblia, llamado como un pastor para alimentar el rebaño de Dios que estaba hambriento y sediento de la verdad. Declaró finalmente que los cristianos no deben recibir otras doctrinas que aquellas que tienen base en la autoridad de las Sagradas Escrituras.

Multitudes escuchaban con interés y atención sus palabras. Las buenas noticias del amor del Salvador y la seguridad del perdón y de la paz por medio de su sangre expiatoria regocijaban sus corazones. En Wittenberg se encendió una luz cuyos rayos aumentarían en brillo hasta el fin del tiempo.

⁵ D'Aubigne, lib. 2, cap. 6.

⁶ *Ibid.*, lib. 2, cap. 6.

Pero, entre la verdad y el error existe un conflicto. Nuestro Salvador mismo declaró: “No vine a traer paz, sino espada” (S. Mateo 10:34). Dijo Lutero, unos pocos años después de iniciada la Reforma: “Dios [...] me empuja. [...] Deseo vivir tranquilo; pero me veo lanzado en medio de tumultos y revoluciones”.⁷

Indulgencias para la venta

La Iglesia Romana hacía un comercio de la gracia de Dios. Bajo el pretexto de reunir fondos para la construcción de la iglesia de San Pedro en Roma, con autorización del Papa se ofrecieron en venta indulgencias por el pecado. Se iba a edificar un templo para el culto de Dios con el precio de crímenes. Fue esto lo que despertó a los más capaces enemigos del papado y llevó a la batalla que conmovió el trono papal y la triple corona de la cabeza del pontífice.

Tetzel, el funcionario designado para conducir la venta de indulgencias en Alemania, había sido condenado por delitos graves contra la sociedad y la Ley de Dios, pero fue empleado para promover los proyectos mercenarios del Papa en Alemania. Tetzel repetía falsedades deslumbrantes y cuentos fabulosos para engañar a un pueblo ignorante y supersticioso. Si la gente hubiera tenido la Palabra de Dios, no habría sido engañada, pero la Biblia había sido prohibida.⁸

Cuando Tetzel entraba en una ciudad, un mensajero iba delante de él anunciando: “La gracia de Dios y del santo padre está a vuestras puertas”.⁹ La gente le daba la bienvenida al farsante blasfemo como si fuera Dios mismo. Tetzel ascendía al púlpito en la iglesia y alababa las indulgencias como el más precioso don de Dios. Declaraba que, en virtud de sus certificados de perdón, todos los pecados que el comprador quisiera cometer después le serían perdonados, y que “ni siquiera era necesario el arrepentimiento”.¹⁰ Les aseguraba a sus oyentes que sus indulgencias tenían poder para salvar a los muertos; en el preciso instante en que el dinero llegara al fondo de su cofre, el alma en cuyo beneficio ese dinero había sido pagado escaparía del Purgatorio camino al Cielo.¹¹

El oro y la plata fluían a la tesorería de Tetzel. Era más fácil obtener una salvación que se compra con dinero que una salvación que requiere arrepentimiento, fe y esfuerzo diligente para resistir y vencer el pecado.

Lutero se horrorizó. Mucha gente de su propia congregación había comprado certificados de perdón. Pronto empezaron a venir a su pastor, confesando pecados y esperando absolución, no porque estuvieran arrepentidos y anhelaran reformarse, sino confiando en la indulgencia. Lutero se rehusaba, y les advertía que, a menos que se arrepintieran y se reformaran, perecerían en sus pecados. Esta gente volvía a Tetzel con la queja de que su confesor había rechazado sus certificados,

⁷ D'Aubigne, lib. 5, cap. 2.

⁸ Ver John C. L. Gieseler, *A Compendium of Ecclesiastical History* [Un compendio de historia eclesiástica], período 4, sec.1, párr. 5.

⁹ D'Aubigne, lib. 3, cap. 1.

¹⁰ *Ibid.*, lib. 3, cap. 1.

¹¹ Ver K. R. Hagenbach, *History of the Reformation* [Historia de la Reforma], t. 1, p. 96.

y algunos valientemente exigían la devolución de su dinero. Lleno de ira, el fraile expidió terribles maldiciones, hizo que se prendieran hogueras en las plazas públicas y declaró que “había recibido una orden del Papa de quemar a todos los herejes que tuvieran la presunción de oponerse a sus santísimas indulgencias”.¹²

Comienza la obra de Lutero

La voz de Lutero se oyó en solemnes advertencias desde el púlpito. Presentaba delante del pueblo el carácter ofensivo del pecado y enseñaba que es imposible que el ser humano, por sus propias obras, disminuya su culpa o escape del castigo. Nada sino el arrepentimiento para con Dios y la fe en Cristo puede salvar al pecador. La gracia de Cristo no puede comprarse; es un don gratuito. Aconsejó al pueblo que no comprara indulgencias, sino que mirara con fe al Redentor crucificado. Relataba su propia y dolorosa experiencia, y les aseguraba a sus oyentes que fue por la fe en Cristo como había encontrado la paz y el gozo.

Mientras Tetzl continuaba sus impías pretensiones, Lutero resolvió efectuar una protesta más eficaz. La iglesia del palacio de Wittenberg poseía reliquias que, en ciertos días santos, se exhibían al pueblo. Se concedía plena remisión de pecados a todos los que visitaban entonces la iglesia y se confesaban. Se acercaba una de las más importantes de estas ocasiones: la Fiesta de Todos los Santos. Lutero, uniéndose a las multitudes que se dirigían a la iglesia, clavó en sus puertas 95 declaraciones contra la doctrina de las indulgencias.

Estas proposiciones atrajeron una atención universal. Fueron leídas y repetidas por todas partes. Se creó un gran alboroto en toda la ciudad. Mediante estas tesis, se demostraba que el poder de otorgar el perdón del pecado y de anular su penalidad nunca había sido encomendado al Papa ni a ningún ser humano. Se mostraba claramente que la gracia de Dios se concede gratuitamente a todos los que lo buscan por medio del arrepentimiento y la fe.

Las tesis de Lutero se esparcieron por toda Alemania, y después de unas pocas semanas se divulgaron por toda Europa. Muchos devotos romanistas leían estas declaraciones con gozo, al reconocer en ellas la voz de Dios. Sentían que el Señor había extendido su mano para detener la creciente ola de corrupción que partía desde Roma. Príncipes y magistrados se regocijaban secretamente en que se pusiera límites al poder arrogante que negaba todo derecho a apelar contra sus decisiones.

Los eclesiásticos astutos, viendo sus ganancias en peligro, se enfurecieron. El reformador tuvo que hacer frente a terribles acusadores. “¿Quién no sabe –respondía él– que rara vez un ser humano presenta alguna idea nueva sin [...] ser acusado de suscitar problemas? [...] ¿Por qué se les dio muerte a Cristo y a todos los mártires? Porque [...] presentaron novedades sin haber aceptado humildemente primero el consejo de los representantes de las opiniones antiguas”.¹³

¹² D'Aubigne, lib. 3, cap. 4.

¹³ *Ibid.*, lib. 3, cap. 6.

Los reproches de los enemigos de Lutero, la tergiversación que realizaron de sus propósitos y las observaciones maliciosas que hicieron de su carácter lo abrumaron como un diluvio. Él había estado confiado de que los dirigentes alegremente se unirían con él en la reforma. Había previsto una época más brillante que amanecería para la iglesia.

Pero el apoyo se volvió censura. Muchos dignatarios de la Iglesia y del Estado pronto se dieron cuenta de que la aceptación de estas verdades prácticamente minaría la autoridad de Roma, detendría millares de caudales que ahora fluían hacia la tesorería y así restringiría el lujo de los dirigentes papales. Enseñarle al pueblo a fijar su mirada solo en Cristo para ser salvo derrocaría el trono del pontífice y finalmente destruiría la autoridad de ellos mismos; de manera que se pusieron en contra de Cristo y la verdad al oponerse al hombre que el Señor había enviado para iluminarlos.

Lutero temblaba cuando se contemplaba a sí mismo: un solo hombre oponiéndose a los más poderosos de la Tierra. “¿Quién era yo –escribe– para oponerme a la majestad del Papa, ante quien [...] los reyes de la Tierra y todo el mundo tiemblan? [...] Nadie sabe cuánto sufrí mi corazón durante esos primeros dos años y a qué profundidad caí en mi desaliento, e incluso desesperación”.¹⁴ Pero, cuando el apoyo humano fallaba, el reformador ponía su mirada solamente en Dios. Podía descansar con seguridad en el Brazo todopoderoso.

Lutero le escribió a un amigo: “Tu primer deber es comenzar con oración. [...] No esperes nada de tus propios trabajos, de tu propia comprensión; confía solamente en Dios, y en la influencia de su Espíritu”.¹⁵ Esta es una lección de importancia para los que sienten que Dios los ha llamado a presentar ante los demás las solemnes verdades para este tiempo. En el conflicto con los poderes del mal, se necesita algo más que el intelecto y la sabiduría humanos.

Lutero recurría solamente a la Biblia

Cuando los enemigos aludían a las costumbres de la tradición, Lutero les hacía frente solamente con la Biblia, y sus argumentos no podían ser contestados. De los sermones y los escritos de Lutero irradiaban rayos de luz que despertaban e iluminaban a miles de personas. La Palabra de Dios era como una espada de dos filos que se abría camino a los corazones de la gente. Los ojos del pueblo, por tan largo tiempo dirigidos a los ritos humanos y a los mediadores terrenales, ahora se fijaban con fe en el Cristo crucificado.

Este interés general despertó los temores de las autoridades papales. Lutero recibió la orden de comparecer en Roma. Sus amigos conocían bien el peligro que lo amenazaba en esa corrupta ciudad, ya ebria con la sangre de los mártires de Jesús. Solicitaron que fuera examinado en Alemania.

Así se convino, y el Papa nombró un legado para considerar el caso. Pero, en las instrucciones dirigidas a ese funcionario se hacía constar que Lutero ya había sido

¹⁴ *Ibid.*, lib. 3, cap. 6.

¹⁵ *Ibid.*, lib. 3, cap. 7.

declarado hereje. Por lo tanto, el enviado lo debía “procesar y detener sin demora alguna”. Recibió poder “para condenarlo en cualquier parte de Alemania; para prohibir, maldecir y excomulgar a todos los que lo siguieran”, y para excomulgar a todos los que, cualquiera que fuera la dignidad que tuvieran en la Iglesia o el Estado (excepto el emperador), desatendieran la orden de detener a Lutero y a sus adherentes y de entregarlos a la venganza de Roma.¹⁶

No había siquiera un rastro de principios cristianos o aun de justicia común en este documento. Lutero no había tenido oportunidad de explicar o de defender su posición; sin embargo, se lo declaró hereje, y en el mismo día fue exhortado, acusado, juzgado y condenado.

Cuando Lutero necesitaba mucho el consejo de un verdadero amigo, Dios envió a Melancthon a Wittenberg. El buen juicio de Melancthon, combinado con su pureza y rectitud de carácter, le ganaron universal admiración. Pronto llegó a ser el amigo de mayor confianza de Lutero; la bondad, la precaución y la exactitud de Melancthon eran un complemento del valor y la energía de Lutero.

Se estableció la ciudad de Augsburgo como lugar del juicio, y el reformador partió a pie para ese lugar. Se habían lanzado amenazas de que sería asesinado por el camino, y sus amigos le rogaron que no se aventurara. “Soy como Jeremías, un hombre de contiendas y disputas; pero cuanto más aumentan las amenazas de ellos, más se multiplica mi gozo. [...] Ellos ya han destruido mi honor y mi reputación. [...] En cuanto a mi alma, no la pueden tomar. El que desea proclamar la Palabra de Cristo al mundo debe esperar la muerte a cada momento”.¹⁷

Las noticias de la llegada de Lutero a Augsburgo le produjeron gran satisfacción al legado papal. El fastidioso hereje que atraía la atención del mundo parecía estar ahora en poder de Roma; no debía escapar. El legado planeaba forzar a Lutero a retractarse o, en caso contrario, hacer que lo trasladaran a Roma, para que siguiera la suerte de Hus y Jerónimo. Por lo tanto, por medio de sus agentes, trató de convencer a Lutero para que viniera sin un salvoconducto, confiándose a su misericordia. Pero él no apareció ante el embajador papal hasta que hubo recibido el documento en que el emperador se comprometía a protegerlo.

Como estrategia, los romanistas decidieron ganarse a Lutero con una apariencia de bondad. El legado profesó gran amistad, pero exigió que Lutero se sometiera completamente a la iglesia y cediera en todo punto sin argumento ni cuestión. Lutero, en respuesta, expresó su consideración por la iglesia y su deseo de la verdad, su disposición a responder a todas las objeciones hacia lo que él había enseñado, y de someter sus doctrinas a la decisión de las principales universidades; pero protestó contra la conducta del cardenal al exigirle que se retractara sin antes haber probado que él estaba en error.

La única respuesta fue: “¡Retrátate, retrátate!” El reformador mostró que su posición estaba sostenida por las Escrituras. No podía renunciar a la verdad. El legado,

¹⁶ *Ibid.*, lib. 4, cap. 2.

¹⁷ *Ibid.*, lib. 4, cap. 4.

incapaz de contestar los argumentos de Lutero, lo agobió con una tormenta de reproches, burlas, elogios, citas de la tradición y dichos de los Padres, sin concederle al reformador ninguna oportunidad de hablar. Lutero finalmente obtuvo, a duras penas, permiso para presentar su respuesta por escrito.

Dijo, escribiéndole a un amigo: “Lo que está escrito puede ser sometido al juicio de otros; y segundo, uno tiene una mejor oportunidad de trabajar en los temores, si no en la conciencia, de un déspota arrogante y balbuceante, que de otro modo dominaría por su lenguaje imperioso”.¹⁸

En la siguiente entrevista, Lutero presentó una exposición clara, concisa y vigorosa de sus puntos de vista, sostenidos por las Escrituras. Después de leer en voz alta este documento, se lo extendió al cardenal, quien lo arrojó orgullosamente a un lado, declarando que era un montón de palabras necias y de citas sin importancia. Lutero ahora hizo frente al orgulloso prelado en su propio terreno –las tradiciones y la enseñanza de la iglesia– y contradijo totalmente sus aseveraciones.

El prelado perdió por completo el dominio propio, y en un arranque de ira gritó: “¡Retráctate o te enviaré a Roma!” Y finalmente declaró en tono soberbio y airado: “Retráctate o no vuelvas más”.¹⁹

El reformador se retiró rápidamente junto con sus amigos, manifestando claramente de esta manera que no debía esperarse ninguna retractación de su parte. Esto no era lo que el cardenal se había propuesto. Ahora, quedando solo con sus partidarios, miró a uno y otro, disgustado por el inesperado fracaso de sus planes.

La gran asamblea reunida tuvo oportunidad de comparar a los dos hombres, y cada uno tuvo ocasión de juzgar por sí mismo el espíritu manifestado por ambos, así como la fuerza y la verdad de sus respectivas posiciones. El reformador, sencillo, humilde, firme, con la verdad de su lado; el representante papal, atribuyéndose importancia, intolerante, irrazonable, sin un solo argumento de las Escrituras, y sin embargo gritando con vehemencia: “¡Retráctate o serás enviado a Roma!”

Huida de Augsburgo

Los amigos de Lutero lo instaron a que, como era inútil para él permanecer allí, debía regresar a Wittenberg sin demora alguna, y tener el mayor cuidado. De acuerdo con este consejo, salió de Augsburgo a caballo antes del amanecer, acompañado solamente por un guía proporcionado por el magistrado. Sigilosamente recorrió las calles oscuras de la ciudad. Enemigos alertas y crueles estaban planeando su destrucción. Aquellos eran momentos de ansiedad y ferviente oración. Llegó a una pequeña puerta en el muro de la ciudad. Le fue abierta y, junto con su guía, pasó por ella. Antes de que el legado se enterara de la partida de Lutero, ya estaba fuera del alcance de sus perseguidores.

Al conocer las noticias de la huida de Lutero, el legado se llenó de sorpresa y de enojo, pues había esperado recibir gran honor por su firmeza al tratar con este

¹⁸ Martyn, *The Life and Times of Luther* [La vida y los tiempos de Lutero], pp. 271, 272.

¹⁹ D'Aubigné (ed. de Londres), lib. 4, cap. 8.

perturbador de la iglesia. En una carta dirigida a Federico, el elector de Sajonia, denunció amargamente a Lutero, y demandó que Federico enviara al reformador a Roma o lo desterrara de Sajonia.

El elector tenía hasta ese momento poco conocimiento de las doctrinas de la Reforma, pero estaba profundamente impresionado por la fuerza y la claridad de las palabras de Lutero. Hasta que no se probara que el reformador estaba en error, Federico resolvió permanecer a su lado como protector. En respuesta al legado, escribió: “Puesto que el Dr. Martín ha aparecido ante su presencia en Augsburgo, debe estar satisfecho. Nosotros no esperábamos que se esforzara por hacerlo retractarse sin haberlo convencido de sus errores. Ninguno de los sabios de nuestro principado me ha informado que la doctrina de Martín es impía, anticristiana o herética”.²⁰ El elector vio que era necesaria una obra de reforma, y secretamente se regocijó de que se hiciera sentir en la iglesia una influencia mejor.

Había pasado solamente un año desde que el reformador clavara sus tesis en la iglesia del palacio; sin embargo, sus escritos ya habían encendido por doquiera un nuevo interés en las Sagradas Escrituras. No solamente de todas partes de Alemania, sino también de otros países, llegaban estudiantes a la universidad donde él enseñaba. Los jóvenes que llegaban por primera vez a la ciudad de Wittenberg “elevaban sus manos al Cielo, y alababan a Dios por haber hecho que la luz brillara en esa ciudad”.²¹

Lutero por entonces estaba solo parcialmente convertido de los errores del romanismo, pero escribió: “Estoy leyendo los decretos de los pontífices, y [...] no sé si el Papa es el anticristo mismo, o su apóstol. De esta manera es Cristo mal representado y crucificado en ellos”.²²

Roma llegó a enardecerse más y más por los ataques de Lutero. Opositores fanáticos, incluso doctores de las universidades católicas, declararon que el que matara al monje estaría sin pecado. Pero Dios era su defensa. Sus doctrinas se escucharon por todas partes, “en las cabañas y los conventos, [...] en los castillos de los nobles, en las universidades y en los palacios de los reyes”.²³

Por ese tiempo, Lutero halló que la gran verdad de la justificación por la fe había sido proclamada por el reformador bohemio Hus. “¡Todos nosotros –dijo Lutero–, Pablo, Agustín y yo mismo hemos sido husitas sin saberlo!” “¡Dios le pedirá cuentas al mundo, porque la verdad fue predicada [...] hace un siglo, y la quemaron!”²⁴

Lutero escribió lo siguiente acerca de las universidades: “Mucho me temo que las universidades resulten ser los grandes portales del infierno, a menos que ellas trabajen en forma diligente para explicar las Santas Escrituras, y para grabarlas

²⁰ D'Aubigne, lib. 4, cap. 10.

²¹ *Ibid.*, lib. 4, cap. 10.

²² *Ibid.*, lib. 5, cap. 1.

²³ *Ibid.*, lib. 6, cap. 2.

²⁴ Wylie, lib. 6, cap. 1.

en el corazón de los jóvenes. [...] Toda institución en la que los seres humanos no estén incesantemente ocupados con la Palabra de Dios llega a corromperse".²⁵

Este llamamiento circuló por toda Alemania. La nación entera fue conmovida. Los oponentes de Lutero presionaron al pueblo para que tomara medidas decisivas contra él. Se decretó que sus doctrinas debían ser condenadas inmediatamente. El reformador y sus seguidores, si no se retractaban, debían ser todos excomulgados.

Una terrible crisis

Esa resultó ser una terrible crisis para la Reforma. Lutero no dejaba de ver la tempestad que estaba por desatarse, pero confiaba en que Cristo sería su sostén y su escudo. "Lo que está por suceder no lo sé, ni me importa saberlo. [...] Ni siquiera una hoja cae sin la voluntad de nuestro Padre. ¡Cuánto más él cuidará de nosotros! Es poca cosa morir por la Palabra, puesto que la Palabra [o el Verbo] se hizo carne y murió él mismo por nosotros".²⁶

Cuando la bula papal le llegó a Lutero, dijo: "La desprecio y la ataco como algo impío y falso. [...] Es Cristo mismo el que resulta aquí condenado. Yo siento mayor libertad en mi corazón; porque al fin sé que el Papa es el anticristo, y que su trono es el de Satanás mismo".²⁷

Sin embargo, el mandato de Roma no dejó de tener efecto. Los débiles y supersticiosos temblaron ante el decreto del Papa, y muchos sintieron que la vida era demasiado valiosa para arriesgarla. ¿Estaba por terminar la obra del reformador?

Lutero se mantuvo intrépido. Con terrible poder, le arrojó de vuelta a Roma misma la sentencia de condenación. En presencia de una multitud de ciudadanos pertenecientes a todos los rangos, Lutero quemó la bula del Papa, diciendo: "Una lucha sería acaba de empezar. Hasta ahora solo he estado jugando con el Papa. Comencé esta obra en el nombre de Dios; ella terminará sin mí, y con su poder. [...] ¿Quién sabe si no es Dios el que me ha llamado y me ha escogido, y si cuando ellos me desprecian no debieran temer estar despreciando a Dios mismo? [...]".

"Dios nunca eligió como profeta al sumo pontífice o algún otro gran personaje; sino que, por lo general, eligió a personas humildes y despreciadas, y en una ocasión escogió aun a Amós, un pastor. En todas las edades, los santos han tenido que reprender a los grandes, a los reyes, a los príncipes, a los sacerdotes y a los sabios, bajo peligro de su propia vida. [...] No afirmo ser profeta; pero digo que ellos deberían temer precisamente porque yo estoy solo y porque ellos son muchos. De lo que estoy seguro es de que la Palabra de Dios está conmigo, y de que no está con ellos".²⁸

Sin embargo, no fue sino después de una lucha terrible consigo mismo que Lutero decidió separarse definitivamente de la iglesia. "¡Oh! ¡Cuánto dolor me ha causado, aunque tengo las Escrituras de mi lado, justificarme en el hecho de que debo tomar una decisión solo en contra del Papa y considerarlo a él como el anticristo!

²⁵ D'Aubigne, lib. 6, cap. 3.

²⁶ D'Aubigné, 3ª ed. (Londres: David Walther, 1840), lib. 6, cap. 9.

²⁷ D'Aubigne, lib. 6, cap. 9.

²⁸ *Ibid.*, lib. 6, cap. 10.

¡Cuántas veces me he hecho con angustia esa pregunta que con tanta frecuencia está en los labios de los partidarios del Papa: '¿Solo tú eres sabio? ¿Pueden todos los demás estar equivocados? ¿Qué pasará si al fin eres tú el que está engañado, y el que está induciendo al error a tantas almas, que serán eternamente condenadas?! Esta fue la lucha que tuve conmigo mismo y con Satanás, hasta que Cristo, por su propia Palabra infalible, fortaleció mi corazón contra estas dudas'.²⁹

Apareció entonces una nueva bula, que declaraba la separación definitiva del reformador de la Iglesia Romana, lo denunciaba como un hombre maldito por el Cielo, e incluía en la misma condenación a todos los que recibieran su doctrina.

La oposición es la suerte de todos los que Dios emplea para presentar verdades especialmente aplicadas a su tiempo. Hubo una verdad presente en los días de Lutero; hay una verdad presente para la iglesia hoy. Pero la mayoría de la gente en nuestros días no desea conocer la verdad más que lo que lo deseaban los papistas que se oponían a Lutero. Los que presentan la verdad para este tiempo no deben esperar ser recibidos con mayor favor que el que tuvieron los primeros reformadores. El gran conflicto entre la verdad y el error, entre Cristo y Satanás, se intensificará hasta el fin de la historia de este mundo (ver S. Juan 15:19, 20; S. Lucas 6:26).

²⁹ Martyn, pp. 372, 373.